

visitar la casa-moneda, la banca, la universidad, la biblioteca de Lebel con sus ciento cinco mil volúmenes, la academia real de ciencias, el museo, el gabinete de historia natural y el de antigüedades, el colegio de sordo-mudos, el hospicio, las escuelas de medicina, de comercio, de náutica, de hidrografía y de equitación, etc.; sin contar otros ciertos colegios acaso de los mas bien regidos y administrados que se pudiera desear, pero de que no puede ocuparse un escritor por ventajosas noticias que tenga de su mérito intrínseco.

Si se la considera por la parte mercantil, sabido es que el puerto de Burdeos es uno de los mas concurridos de Europa, y á que arriban embarcaciones de todos los puntos del globo. Y aunque en el dia esté experimentando una sensible decadencia, al paso que va creciendo su rival el HAVRE, merced á la no muy acrisolada nota de buena fe que de un tiempo á esta parte han adquirido algunas de sus casas de comercio, Burdeos cuenta siempre con un fondo seguro de riqueza mercantil en la abundancia de los apetecidos vinos que produce su suelo. Por lo demas el rico mercader de Burdeos siempre ha servido de tipo y hecho un papel muy principal en las comedias de costumbres francesas; y aun en la última del inagotable Scribe titulada *Una cadena*, no falta la novia de cajon hija de *un rico comerciante de Burdeos*.

Dos comparaciones le asaltan naturalmente al español que visita por primera vez á Burdeos : con Madrid por la parte de edificios, carruajes, teatros, tiendas y paseos; y con Sevilla por la del campo, el rio y las producciones. No falta quien recuerde la Vega de Granada, pero esta la reservo, yo Fr. Gerundio, para otro término mas adecuado de comparacion que mas adelante se presentará.

Siendo Burdeos una poblacion de 400 mil almas poco mas ó ménos, ocupa una extension como para 200 mil ó mas : así es que á pesar de toda la animacion que es consiguiente á una poblacion mercante, se está siempre esperando ver mas gente, y esta gente no viene, porque no la hay; era menester para eso, ó aumentar los vivientes ó apiñar las viviendas.

Jean y Jeannette ó Juan y Juanita.

Cuando nosotros entrámos en la patria de Ausonio y de Montaigne, llovía en frances que era una maravilla, cosa que parecerá no guardar mucha consecuencia con el sol que dejamos en

Langon y Castres, pero que es muy comun en aquella antigua residencia del parlamento y del gobierno de la Guiena. Apénas nos apeámos en la casa de postas, nos vimos rodeados de emisarios ministeriales de los Hoteles, que venian á ganar nuestro voto con halagos y pomposas promesas. Yo di el mio al ciudadano *Jean*, comisario regio del *Hôtel de France*, tanto porque llevaba noticias de que era el mejor hotel de Burdeos, como porque me atrajo el oír chapurrar español á dicho recadero, ó *commissionnaire* que llaman. El tipo de estos *commissionnaires* se describirá mas adelante, porque no deja de ofrecer bastante novedad.

El bueno de *Jean* trasladó nuestro equipaje en un carretoncito.... y esto de carretoncitos es una circunstancia que como tenia sus ruedas se me ha venido aquí rodada para empezar á notar cómo los franceses han simplificado desde las cosas mas pequeñas el sistema de trasportes conduciendo de una sola vez y con la mayor facilidad los bagajes de tres ó cuatro viajeros, para lo cual necesitaríamos en España la cooperacion de tres mozos de cordel, que desde que hay en el mundo cordeles y mozos no ha alcanzado su talento á inventar otro sistema que el de la simple, ó mejor decir, de la doble y robusta costilla.

Trasladó, como digo, nuestro equipaje al hotel de Francia, en donde se nos dió un par de habitaciones de las que corrian á cargo de la seccion de la hermana *Jeannette*, que allí está tambien el servicio dividido en secciones por *chambres* ó departamentos á cargo cada uno de una oficiala de cobachuela, á estilo de secretaria del despacho, y todos bajo la presidencia de *Madame Baron*, que es la dueña ó dueño (pues uno y otro se podrá decir de una señora que se llama *Baron*) de aquel hotel, sito en la calle del *Espíritu de las leyes* : y cito esta calle, porque como luego se verá, parece que mi horóscopo en esta parte de Francia era seguir constantemente las huellas al Baron de Montesquieu.

Dejemos por ahora á Juan y Juanita (por cuya muestra inferimos que no era solamente la España la tierra de los Juanes), que ellos volverán si los habemos menester.

La mesa redonda.

Llevámos unos cuantos dias en Francia, y todavía no hemos dicho cómo comen los franceses, á pesar de ser uno de los puntos que llevaba mas en mientes mi buen Pelegrin. Ahora lo veremos

en la mesa redonda del *Hôtel de France*, que es en comun sentir la mesa mas provista y abundante de Burdeos.

Pero ántes de ir á comer dirémos algo de la vida y trato que se da y se pasa en los hoteles.

Estos son generalmente edificios vastos hechos al intento, y distribuidos en veinte, treinta, cuarenta ó mas habitaciones, segun su capacidad y segun la poblacion, todas numeradas y provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero, como papelera, cómoda, mesa con espejo y avíos de tocador, chimenea ó estufa, cama elegantemente colgada, cubiertas las paredes de papel de color y alfombrado el piso si es invierno ó limpio y bruñido si es verano. En el portal está el cuarto del portero, que lleva el libro de entrada y salida de los huéspedes, y entrega ó recoge las llaves cada vez que uno entra ó sale de casa, si bien cada una tiene su número y se coloca en el correspondiente de la tabla llavera. Cada habitacion tiene su llamador de campanilla, las cuales todas concurren al cuarto de la portería, en donde el número de la que se oye sonar ó se ve vibrar avisa al del huésped que ha llamado.

Tan luego como el portero anuncia la llegada de un recién venido, sale la señora del hotel á recibir al viajero y preguntarle qué clase de habitacion es la que desea. Y esta y la salida suelen ser las únicas ocasiones en que el huésped ve, como no sea por casualidad, á *Madame* que se presenta á preguntarle si ha estado contento del servicio, y á rogarle muy dulcemente que no olvide la casa si se le ofrece volver á pasar por allí. Al arribo del viajero acuden presurosos los obsequiosos *garzones* ó sirvientes, disputándose quién ha de ser el primero en echar mano á la maleta y demas utensilios de viajar y en llevarlos á la habitacion á que están destinados, sin olvidarse de preguntar : « *¿Avez-vous quelque chose à me commander, Monsieur? ¿qu'est-ce que vous désirez?* » « ¿Tiene Vd. algo que mandarme, caballero? ¿qué es lo que Vd. desea? » Esta obsequiosidad es todavía mas exagerada en Paris, y mas todavía en las ciudades del norte.

El servicio está reducido á hacer la cama, dar de almorzar y comer, y cada vez que se vuelve á casa de noche, encender el portero la bujía (tambien numerada, porque este gasto es cuenta aparte, y cada huésped paga lo que consume), y entregarla en propia mano, siendo del cargo del huésped llevarla humildemente á su morada, teniendo que hacer oficio de criado de sí mismo, lo cual forma un vice versa con la finura y atencion que despliegan

en otras cosas, que mas de una vez produjo altercados entre Tirabeque y monsieur el portero, diciéndole : « Señor monsieur, cargue Vd. con esa vela, que asi se usa en España y aquí ni el amo ni yo venimos á ser criados de Vd., que aquí los dos somos amos porque los dos pagamos, y el que paga quiere ser servido, y á mí no me enseñará Vd. como se sirve que lo tengo yo bien estudiado, que he seguido esa carrera toda mi vida ménos ahora que estoy de vacaciones y me toca ser señor. » Pero ni esto bastaba á corregir tan inveterada costumbre y tan tolerado abuso.

Regularmente en todos los hoteles se come á la *table d'hôte* ó mesa redonda, á la cual suelen concurrir no solo los huéspedes sino muchos otros que viven de asiento ó por temporada en un pueblo, porque los franceses son muy aficionados á comer fuera de su casa; y estos, ó bien pagan diariamente los tres, ó tres y medio, ó cuatro francos de la mesa, ó bien se abonan por mensualidades, en lo cual hacen algun ahorro. Y esto de comer en la mesa redonda es para ellos un ramo de economía, que si economía no fuera, es de fe francesa que no lo hicieran ellos.

El almuerzo que por lo comun consiste en dos platos fuertes de libre eleccion, con sus correspondientes postres, no está circunscrito á hora tan fija y determinada como la comida. Respecto á esta, no bien ha sonado las cinco el reloj del hotel cuando ya la campana está llamando á refectorio á la santa comunidad. Mala suerte le cabe al hermano que se descuide unos minutos en acudir al comedor : los franceses no esperan por nadie, cargan á discrecion, y avanzan de tal modo y se municionan con tal prisa, que el que se demore un poco se expone á encontrar pasado en autoridad de comida juzgada el plato que mas pudiera apetecer.

Algo pagámos nosotros el aprendizaje de este ejercicio de guerrillas manducatorias, hasta que la experiencia nos enseñó saludables lecciones teórico-prácticas de puntualidad, aplicacion y aprovechamiento. Otra leccion de economía de tiempo nos enseñó tambien la experiencia. Al principio seguíamos la práctica española de certificar la terminacion de cada vianda con el aspa ó équis que se forma sobre el plato con el cuchillo y tenedor en signo y demanda del competente relevo que aconseja la decencia. Ó se desestimaba la solicitud, ó se nos devolvian los documentos impurificados en primera y segunda instancia, ó se nos declaraba cesantes por una porcion de tiempo, y entre tanto nuestros comensales embutian sus almacenes interiores como si estuviesen en peligro de nunca mas comer. Hasta que nos convencimos que era

costumbre en la culta Francia no mudar de cubierto y hacer la campaña entera sin limpiar las armas. — Señor, me decía Tirabeque, este es un vice versa de cuatro puntas que deja atrás á todos los de allá. — Y cuidado que esto mismo sucede en Paris como no sea en los *confortables* de primer órden.

Los primeros días miraba Tirabeque con mucha atencion el curso que se daba á los platos, y chocábale que ninguna deferencia se tuviese con las señoras (porque tambien van señoras á comer á la *table d'hôte*) sino que aquello era *primo capientis* del primero que lo tomaba, como los bienes que en el derecho se dan *pro derelictis*. Ninguna consideracion, ninguna preferencia, ninguna galantería se tiene con las señoras; reina una completa igualdad de sexos: finura francesa.

Cada vianda que veía Tirabeque haberse adelantado otro á tocar ántes que él, le parecia que debería ser cosa sabrosa y delicada. — Señor, me decía con frecuencia, aquello deberá ser cosa exquisita. — Á ti, Pelegrin, todo te parece exquisito ántes de probarlo. — Señor, como veo que se chupan los dedos. — Eso no te sirva de regla, porque segun yo he observado, es costumbre del país. — Señor, allá nadie se chupa los dedos sino en metáfora, pero aquí veo que se los chupan de véras. — Por eso dicen bien, que cada país tiene sus costumbres; y calla no nos oigan, que fácilmente habrá quien nos entienda.

Esta ligera descripcion bastará para dar una idea de la finura de los franceses en la mesa. Y cuenta que en la *table d'hôte* del hotel de Francia se reunian diariamente treinta ó cuarenta personas que por su clase debia suponérseles de la mas esmerada educacion.

Inútilmente se esperaria en las mesas de Francia la franqueza y la animacion que reina en las españolas. El sistema de individualismo que domina para todo en el país trasciende tambien á las mesas; cada uno come para sí, y el refran de « oveja que bala bocado pierde, » parece hecho ó nacido en los comedores franceses. Si en una mesa, si en un carruaje de camino se oye una conversacion animada, téngase por cierto que allí comen ó viajan españoles.... ¡ Y luego los califican á ellos de ligeros y habladores y á nosotros de graves y un si es no es taciturnos! ¡ Con cuántos vice versas de estos nos tenemos que encontrar!

Carruajes de ciudad.

Ninguna de las ciudades de Francia que yo he visto, inclusa Paris, y creo que ninguna de las que dejé de ver, presenta una coleccion de carruajes de alquiler tan cómodos, decentes y vistosos como Burdeos. Son carruajes que no se desdeñarían arrastrar las mulas de nuestros Grandes de España por muchos humos aristocráticos que se les quiera suponer. Comparados con ellos nuestros pseudo-coches, anti-carretelas y calesines elementales de la calle de Alcalá, y plazuela del Ángel y las Descalzas, sería como comparar una obra en pergamino con otra en taflete.

Divídense en tres principales clases, todas bajo el nombre genérico de *voiture* (carruaje), á saber, *fiacres*, *citadines* y *cabriolets*, que es como decir, coches, berlinas y birlochos. Allí no hay necesidad, como en España, de ajustes y regateos, tratos y contratos con los cocheros: dentro de cada *voiture* hay una tarjeta clavada ó colgada en que se lee el precio fijo ó coste determinado del carruaje, bien sea por carreras ó bien por horas, á cuya tarifa tienen que arreglarse alquilante y alquilador. El precio suele ser de un franco 25 céntimos (cinco rs.) por carrera, y de franco y medio (seis rs.) por la primera hora, si por horas se toma, y un franco por las siguientes, todo con muy corta diferencia segun el género de la *voiture*. Este sistema es general en toda Francia, y ni general, ni particular en toda España, donde no ha habido una buena alma que le adopte á pesar de ser de una utilidad reconocida.

Mas ahora recuerdo que no ha muchos dias intentó un ensayo de este sistema la empresa de bailes de máscara del Circo Olímpico, fijando el precio de 2 reales por persona y carrera desde los puntos determinados de partida hasta el local del baile para cada carruaje de los ajustados, que se distinguían por una bandera blanca. Pero esta loable tentativa excitó la rivalidad de los compañeros, hirió su delicadeza y susceptibilidad, produjo una conspiracion cochera, fermentó la conjuracion, y rompió en un borrascoso pronunciamiento la noche misma que se habia puesto en práctica el ensayo, y al grito de « *abajo los privilegios, afuera las reformas, viva la libertad de los trasportes,* » emprendieron á pedradas, palos y latigazos con los del convenio; estos trataron de repeler la fuerza con la fuerza; fueron vencidos en el combate, y pereció la reforma locomotiva la noche misma de su

nacimiento. Éntreme Vd. al pueblo este con reformas útiles y mejoras positivas.

Omnibus.

En España no se conocen mas *Omnibus* que los que anuncia todos los dias en el Diario de Avisos y demas periódicos el profesor de cirugía D. Melchor Ibarrondo al lado de las pezoneras y biberones aspirantes. La razon que haya tenido el hermano quirúrgico para bautizarlos con este nombre, él la sabrá mejor que yo. Esto no quita que los *omnibus* sean una cuarta especie de carruaje de ciudad generalizado por toda Europa (*Hispania excepta*), cuyo servicio corresponde perfectamente al titulo que llevan. Son unos carruajes largos con dos filas de asientos colocados á la larga tambien, comunmente para catorce personas, y algunos para diez y seis, los cuales sirven para el transporte de las gentes de unos á otros puntos notables de las poblaciones. En ellos entran *todos* los que quieren (que por eso se llaman *omnibus* ó *para todos*) hasta completarse el número de las plazas, por la módica retribucion de seis *sous* en Paris, y de cinco ó ménos en los pueblos de provincia; de manera que por esta pequeña cantidad hay la proporcion de trasladarse cómodamente de un extremo á otro de la poblacion, que á veces suele exceder de média legua ó tres cuartos, y aun una entera.

Á cada cinco minutos parte el *omnibus* del punto que tiene marcado, y este corto periodo es el máximo que tiene que aguardar la persona trasferible ó que va en solicitud de plaza.

El sonido de un clarin tocado por el conductor responsable avisa cada minuto á los que se hallen en ocasion de optar á alguna plaza la proximidad del momento de partir. Cada empleado que entra á tomar posesion de su destino es anunciado por una campanilla y sentado en el libro manual de entradas y salidas que lleva el conductor; especie de guia de forasteros poco mas variable que la que en España se hace cada año para el conocimiento de los empleados del Estado, pues así como en aquella son pocos los que llegan al término de la carrera de cada *omnibus*, sino que los mas van descendiendo y quedándose en los puntos intermedios del tránsito, así los empleados de nuestra *Guia* son pocos los que llegan al término del año y figuran al siguiente en el mismo lugar.

Y esto me sugiere á mi Fr. Gerundio, una idea cuya adopcion pudiera ser de una inmensa utilidad en España. Ya que no prohi-

járamos aquí el servicio de los *omnibus* á pesar de sus incalculables ventajas para la traslacion de unos á otros puntos distantes de las poblaciones, especialmente en Madrid por ejemplo desde la Puerta del Sol á los Ministerios, desde el paseo del Prado y desde los teatros á las calles mas distantes y habitadas, adoptáranse á lo ménos los *omnibus* desde la corte á las capitales de provincia, y de una á otra capital entre sí, con las correspondencias como en los sitios cruceros de las ciudades de Francia, exclusivamente para la traslacion de los empleados del gobierno; que bien seguro es que aunque salieran, no diré cada cinco minutos pero sí cada segundo dia, no les faltaria nunca con que llenar las plazas, y no perderia nada cualquiera empresa que en esta especulacion entrase, á lo ménos miéntras el gobierno no deje el divertido sistema de jugar con sus empleados al juego de las cuatro esquinas.

Los *omnibus* son un centro fecundo é inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y fácil adquisicion de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay mas ley, ni mas categoría, ni mas derecho de preferencia que los cinco *sous*. Bajo un código de legislacion tan sencillo sucede comunmente que cada *omnibus* es una congregacion moviliaria y accidental de las piezas mas heterogéneas que en la sociedad se conocen. El propietario que tiene su casa en reparacion suele tener que sentarse al lado del albañil que acaba de rebocarle la pieza de comer, y ahora por variar le reboca la falda y manga de la levita con la masa que conserva tierna en su blusa, y monsieur el propietario tiene que sufrir callando el segundo reboque de monsieur el albañil, porque dentro del *omnibus* ya son iguales, y no média entre ellos la categoría del canto de una pala de embadurnar. El juez de la *Cour d'assises* que acababa de sentenciar á una multa de cien francos al dueño del café del barrio, entra en el *omnibus*, y le toca rozarse codo con codo ó sufrir un pisoton del multado teniendo que aguantarle silenciosamente, sin que le valgan todos los artículos del código penal. Y el capitalista que intenta regresar á su casa en el *omnibus* que encuentra al paso se ve precisado á ir á pié, porque la última plaza la ocupó *Mademoiselle* su doméstica que viene de hacer la compra y entró con su cesta de huevos y ensalada, de cuyo importe sisa los cinco sueldos que le proporcionan la comodidad de ir sentada miéntras su amo regresa pedestremente y con paciente humildad.

« *Arrêtez, cocher, s'il vous plaît*; cochero, pare Vd. si gusta, grita un jóven desaforado que va bebiendo los vientos; ¿ hay

plaza? — *Oui Monsieur, oui; montez, s'il vous plaît*; sí señor, sí, suba Vd. si gusta.» Es un enamorado que ha visto entrar en el *omnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasión de decirle dos pablas al oído; entra, y ¡oh fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linon que los impide mirarse y con su seron de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo mercader judío que va dando sendos desahogos naríticos á la tabaquera; ítem mas, el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo y es el confesor de la familia de la señorita.

— ¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *omnibus* que atraviesa? — Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamas: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *omnibus* los cobija.

Donde hay *omnibus* nadie puede decir «de esta agua no beberé.»

El Paseo de Tourny.

Luego que comimos, determinámos Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un paseo acompañados de un español, vizcaíno honrado que la providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacia seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la guerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los dias en tierra extraña, aunque viva los años de Matusalen.

Llevónos primero al hermoso paseo de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*: dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin público*, y volvimos á recaer al llamado de *Tourny*, desahogado salon dentro de la poblacion misma, y remedo del Prado de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que tenian incesantemente dividida nuestra atencion. Por una parte las lindas y agraciadas *grisetas* (1), tan renombradas en

(1) Dáse en Burdeos el nombre de *grisetas* á las modistas, damas de mostrador y otras mujeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el país por su general belleza y por su aseo, sencillez y buen gusto en el vestir.

toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marqués de Valdespina, ex-ministro de D. Carlos, con su brazo manco y su sanguinario entusiasmo; por otra los *Alcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo y haciendo saltos difíciles, por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; estos mismos *Alcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programás y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la corte: por otra el héroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de la Carlistería andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras: por otra Gómez y Villareal que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los *Palillos*, ni los *Orejitas*, ni los *Basilios* ni aun con el mismo Valdespina del arremangado brazo: por otra las voces y algarabía de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: «*la boutique à quatre sous la pièce*;» la tienda á cuatro sueldos la pieza.

Todo era nuevo para nosotros; pero mas nuevo y mas inesperado era todavía que aquel Villareal, defensor consecuente de D. Carlos á quien veíamos todos los dias en Agosto pasear por *Tourny*, fuera en Setiembre invitado y buscado por O'Donell y aun por la misma reina Cristina para que tomase parte en la intentona de Octubre, á que él caballerosamente se negó; y todavía mas inesperado debia ser, si en estos tiempos hubiese cosa alguna inesperada, que aquel *Palillos* que veíamos allí, y aquel Cabrera que no veíamos porque estaba en otra parte, hubiesen de hacer causa comun con los estatutistas de España y los cartistas de Portugal, y que al efecto habia de ser llamado Cabrera á París, para colmo de honor y complemento de gloria de retrógradas conspiraciones.

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los *Alcides* substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trovas acompañadas de un chirriante violin; los otros haciendo juegos de manos; y llamándonos sobre todos la atencion un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fué colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó en medio del gran coro de espectadores á quienes servian de meta las bujías: sacó misterio-